

SEMINARISTAS POR LA VIDA INTERNACIONAL™

Vol. XXV, No. 1
Primavera 2018



Estimados sacerdotes y seminaristas,

La ideología de “género” es un tema muy vasto. Trágicamente también se está convirtiendo en un grave problema en muchos países. Mientras más se aleja una sociedad del sentido común y de sus antiguas tradiciones, más grande es la tentación de aceptar el concepto moderno de “género”.

Hasta hace poco, la biología humana, la Iglesia y la sociedad estaban de acuerdo con que los seres humanos son masculinos o femeninos. Es verdad que existen casos raros de una malformación que se llama hermafroditismo, en los cuales estas personas nacen con órganos sexuales ambiguos o de ambos sexos. Pero se trata solamente de uno de muchos problemas genéticos que existen.

Lo que constituye una novedad es la postura ideológica que favorece el concepto de “fluidez de géneros”, es decir, que las personas pueden “decidir” si son hombres o mujeres e, incluso, continuar cambiando su “género” a través del tiempo. Esta ideología está muy vinculada a la ideología de la “normalización” de la homosexualidad y de otros “estilos de vida alternos”.

El Papa Francisco ha hablado con claridad acerca de este tema en su Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*. En ese documento, el Santo Padre ha señalado que otro desafío que ha surgido de las distintas formas que ha asumido la ideología de “género” es aquel que “niega la diferencia y la reciprocidad naturales de los hombres y las mujeres y que concibe una sociedad sin diferencias sexuales, eliminando de esta manera el fundamento antropológico de la familia. Esta ideología produce programas educativos y proyectos legislativos que promueven una identidad personal y una intimidad emocional radicalmente separadas de las diferencias biológicas masculinas y femeninas. En consecuencia, la identidad humana se convierte en una opción individual, opción que puede cambiar a través del tiempo”. Es preocupante que ideologías de este tipo, que buscan responder a lo que a veces son aspiraciones legítimas, logren afirmarse como absolutas e incuestionables, hasta el extremo de dictar cómo los niños deban ser criados. Es necesario enfatizar que “el sexo biológico y el rol socio-cultural del sexo (el género) pueden ser distinguidos, pero nunca separados” (no. 65).

Esta nueva manera de abordar la identidad del ser humano desde la perspectiva de la ideología de “género” se caracteriza por la confusión y la coerción. Como alerta el Papa: uno de los aspectos más graves de este asunto es el cambio de materiales educativos para los niños. Otro peligro es que los gobiernos y las Naciones Unidas impongan leyes y programas sociales que promuevan el concepto de que las personas heterosexuales, masculinas y femeninas, constituyen solamente dos de una letanía de “géneros” en continua expansión y que todos ellos son igualmente buenos. Hay apenas un paso entre la promoción de una falsedad y la prohibición de otros puntos de vista, prohibición que incluye el castigo de los que se niegan a aceptar esta nueva ideología. Muchas personas están



Dr. Joseph Meaney,
Director para la
expansión internacional

Continúa en la página 4 . . .

EL GÉNERO Y LA VERDAD

Por Padre Francesco Giordano, Director de la Oficina de HLI en Roma

Tristemente, las palabras pueden ser maltratadas y mal usadas; pero no podrían dejar de ser falsas, a no ser que al mismo tiempo sean verdaderas. El lenguaje puede convertirse en un instrumento sospechoso en boca de tontos y charlatanes. Pero el lenguaje como tal mantiene su capacidad para significar y comunicar la Verdad.

— Thomas Merton, *El ascenso hacia la Verdad*

Tristemente, las palabras pueden ser maltratadas y mal usadas; pero no podrían dejar de ser falsas, a no ser que al mismo tiempo sean verdaderas. El lenguaje puede convertirse en un instrumento sospechoso en boca de tontos y charlatanes. Pero el lenguaje como tal mantiene su capacidad para significar y comunicar la Verdad (Thomas Merton, *El ascenso hacia la Verdad*).

Como cristianos, estamos particularmente conscientes del eminentísimo lugar que ocupa la Palabra, ya que la Palabra (Logos, en griego), creó el cosmos de la nada (ex nihilo, en latín) y le dio el orden que refleja Su Ser. En el relato del Génesis, vemos cómo surgió ese orden: por medio de la separación y la distinción. “Dios separó la luz de las tinieblas. Dios llamó a la luz Día y a las tinieblas Noche”. Pocos versículos después, leemos que Dios, como Comunión de Personas, dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, a nuestra semejanza” (Génesis 1:26). A esta individuación del hombre luego le fue añadida la comunión con otro ser humano, cuando el Dios Trino dijo: “No es bueno que el hombre esté solo”. Una vez que Dios crea a Eva, Adán contempla maravillado la belleza de aquella que, junto a él, reinará sobre la tierra, y que ha sido creada, al igual que él, a imagen y semejanza de Dios.

El Papa Benedicto XVI nos recuerda que “La realidad ha sido creada por la Palabra”. Dios usa la Palabra para traer el mundo a la existencia. De manera que el propio lenguaje humano tiene una análoga potencia

creadora. De hecho, Dios le encomendó al hombre la tarea de dar nombres a los animales (ver Génesis 2:19).

¿Por qué hemos comenzado un artículo sobre la ideología de “género” hablando acerca de la Palabra de Dios, la creación del hombre y el nombramiento de los animales? Además de la doctrina explícita acerca de la sexualidad binaria, la Palabra de Dios muestra el poder de las palabras y las ideas, no sólo para reflejar la realidad, sino también para crearla. El ser reflejo de la realidad es el papel que le corresponde a las palabras humanas; mientras que el crear la realidad es el papel que le corresponde a la Palabra de Dios. Si empezamos a apropiarnos del papel de Dios y pretendemos ser como Él, entonces hemos caído en la misma trampa en que cayeron nuestros primeros padres (Adán y Eva) cuando la serpiente tentó a Eva: “Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Génesis 3:5). Los Padres de la Iglesia nos enseñan que en este episodio nos estábamos apropiando de algo que no nos pertenece: conocer lo que Dios conoce y hacer lo que Dios hace. ¿No es ésta, después de todo, la tentación baconiana de la filosofía moderna, de que el conocimiento es poder? Lo es de muchas maneras y eso es lo que vemos hoy con la ideología de “género”.

¿Por qué queremos “crear” un mundo nuevo? En un mundo nominalista como el nuestro, la realidad es “creada” por el lenguaje. La Verdad ya no se entiende como la *adaequatio intellectus et rei dicitur*, en la cual

En el relato del Génesis, vemos cómo surgió ese orden: por medio de la separación y la distinción.



el intelecto del sujeto que conoce debe “adecuarse” al objeto conocido. Es en este contexto que la palabra “género” ha sido acuñada, para que entonces se permita la “existencia” de más de dos sexos. Después de todo, con la palabra “sexo” sólo podemos referirnos a la masculinidad o a la femineidad.

Es verdad que hay variantes en diferentes personas que deben ser consideradas, pero no podemos eliminar la realidad sustancial de la masculinidad y la femineidad, de la misma manera que no podemos eliminar la diferencia entre el día y la noche. Sí, es verdad, a las 4 PM en Roma, durante el invierno, el sol no brilla con tanta potencia como lo hace al mediodía, pero todavía es de día. Cada hora y cada minuto no pueden tener su definición particular. Si ése fuera el caso, la comunicación misma se volvería más difícil. El lenguaje surge precisamente para simplificar nuestra comprensión de la realidad y nuestra comunicación acerca de la misma, no para complicarla.

Entonces, ¿por qué queremos complicar la realidad? Según Gabriele Kuby: “... la disolución de la identidad sexual es en realidad la meta que se busca alcanzar, porque no será sino hasta entonces que el individuo se emancipará de la dictadura de la naturaleza y obtendrá la plena libertad para elegir, la capacidad

para reinventarse a sí mismo en cualquier momento”.

A pesar de la influencia de la ideología de “género”, algunos que se identifican como personas que sienten atracción hacia otras personas del mismo sexo objetan contra aquellos que, como John Money y Judith Butler, inventaron la palabra “género” para eliminar la sexualidad binaria. Pienso en Camille Paglia, que confiesa que la homosexualidad, por ejemplo, se opone a nuestra verdadera naturaleza. Nuestros sentimientos, después de todo, no pueden definir nuestra identidad sexual más que nuestro propio cuerpo.

Sin embargo, ¿podemos simplemente descartar nuestros sentimientos? Aquí es donde necesitamos enfocar el tema, no intentando cambiar la naturaleza, sino intentando entender por qué me siento así, ya sea el sentimiento de atracción hacia personas del mismo sexo o el sentimiento de confusión respecto del propio sexo. Después de todo, ¿por qué, según Simone de Beauvoir, no se nace mujer sino que se hace mujer; mientras que hoy se dice que se nace gay? ¿Cuál de las dos afirmaciones es la verdadera? Ninguna de las dos. Uno es concebido y luego nace hombre o mujer, con todo lo que ello implica genéticamente. Y uno no puede cambiar su sexo con cirugías y “tratamientos” hormonales. De hecho, la investigación científica ha

demostrado que hay 6,500 diferencias genéticas entre los hombres y las mujeres. De manera que los “tratamientos” hormonales para “cambiar” de sexo son potencialmente muy dañinos. No podemos pasar por alto la naturaleza, no importa lo mucho que lo desee nuestra sociedad voluntarista, que considera que el ejercicio de la voluntad es lo que determina el valor de las cosas. En la raíz del problema está el liberalismo. Sean Haylock establece una conexión muy buena entre el liberalismo, la tecnología (cuando se usa para el mal), la “liberación” sexual y el transhumanismo.

Entonces, ¿qué hace un sacerdote cuando atiende a una persona que sufre de confusión sexual? Primero que todo, debe estar al tanto de la ideología de “género” y sus raíces filosóficas. Luego, debe estar bien versado en la antropología cristiana. Finalmente, debe escuchar al que viene pidiendo ayuda e intentar comprender por qué la persona tiene esos sentimientos. Los estudios demuestran que a menudo el individuo tiene heridas profundas que hay que abordar y aprender a integrarlas más plenamente en la comprensión que la persona tiene de sí misma. Debemos convertirnos en sacerdotes bien versados en la condición humana y presentarles a las personas lo que de verdad constituye el amor verdadero: Nuestro Señor Jesucristo.

A diferencia del desorden de la fijación en los problemas particulares que sufrimos, si fijamos nuestra mirada en Dios, nos abriremos al Bien Universal que incluye los bienes particulares. Pero si fijamos nuestra mirada en los bienes particulares, nos limitamos a ellos y a causa de ellos. En este sentido, la virtud tiene un efecto universal en las facultades y la personalidad del ser humano.

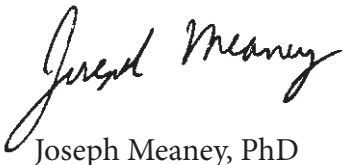
Somos perfeccionados por medio de las virtudes. Mientras que los vicios crean una fijación en la persona hacia los bienes particulares, las virtudes dirigen a la persona hacia todas las cosas como éstas deben ser. La virtud de la magnanimidad y la auténtica libertad son el resultado de este influjo de las virtudes, como lo han atestiguado los santos. De manera que debemos volver a enseñar las virtudes, especialmente cómo las enseñan filósofos contemporáneos, como Josef Piper, y continuemos fijando nuestros ojos en la particularidad de Jesús, para que podamos fijar nuestros ojos en la universalidad de Dios.

Nuestro Señor nos ha enseñado cómo ofrecer nuestros sufrimientos en sacrificio, y de Su ejemplo han surgido muchos frutos saludables, siendo el mayor de ellos nuestra salvación. Por ejemplo, podemos pensar en el pintor Caravaggio. Se dice que sufría de atracciones homosexuales. Pero su gran sufrimiento le ayudó a producir algunas de las mejores obras que la humanidad ha contemplado. En un mundo, como el nuestro, afectado por las ideologías del “género” y del transhumanismo, intentemos apreciar el valor del sufrimiento y distanciémonos de la crítica que Nietzsche le ha hecho. En vez de ello, abracemos la enseñanza de San Pablo: “Y me ha dicho: ‘Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad’. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo, me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:9-10).

Continúa de la página 1

sufriendo persecución por negarse a colaborar con los mal llamados “matrimonios” entre personas del mismo sexo o por negarse a permitir que sus hijos sean adoctrinados en clases obligatorias de “educación” sexual hedonista. Es vital que la Iglesia continúe enseñando con claridad acerca de esta ideología de “género” y que apoye a las personas y a las familias que tienen el valor de oponerse a este ataque ideológico.

Atentamente en el Señor de la Vida,



Joseph Meaney, PhD